

XXIII.

El día 13 de Febrero, esto es, tres días después de haber entrado Catalina en la sombría torre de Londres, el doctor White se presentó muy temprano en su calabozo.

Aquella no se alteró al verle tanto como era de temer.

Pasado su último paroxismo, reflexionó que no podía morir supuesto que no había quien la matase.

Aterrábale mucho la perspectiva de una prisión perpétua; pero, ¿qué era esto comparado con la muerte?

¡Vivir!

He aquí el deseo ardiente, exclusivo, único de la reina.

¡Vivir!

Nada más que vivir, pedía Catalina á la suerte.

Al mismo tiempo que el sacerdote entraba en la prisión de la reina para dirigirle santas exhortaciones, llegaba un parte á la cancellería noticiando que, según información, los dos verdugos, que vivían en



un paraje muy retirado, habían desaparecido con sus familias.

Dióse al instante una orden para abrir las puertas de sus respectivas habitaciones y ambas se hallaron vacías.

No tardó el rey en saber la noticia; se le preguntó si quería que se enviase á buscar al de Calais, y respondió que no quería que la ley se sujetase á dilaciones.

—Mandad publicar un bando, añadió, diciendo que, si ántes de las doce se presenta una persona para ejercer las funciones de verdugo con la reina de Inglaterra, se le enriquecerá para toda su vida; si hay algun reo de muerte, que se presente á desempeñar dichas funciones, se le perdonará la vida.

Promulgóse el pregon por plazas y calles al son de trompetas, y la Cámara se reunió para recibir las peticiones en uno de los aposentos de la torre.

Entre tanto Catalina oía con distraccion las exhortaciones del sacerdote; no concebía la posibilidad de que pudiese morir, ni pensaba tampoco en que peligrase la vida de lady Rochefort, pero ésta era la que tenía más probabilidades de salvarse, porque siendo su delito de menor importancia, no se la había incluido en el pregon.

A las once, una inmensa concurrencia se iba reuniendo en el glásis de la torre; pero aún no se había

presentado ningun ejecutor, á pesar de estar señalada la ejecucion para las doce.

La multitud oscilaba rugiendo como las olas de un mar inmenso: estaba agitada por una impaciencia febril de saber el desenlace que tendria aquel sangriento drama.

A las once y media corrió por todas partes un sacudimiento galvánico y se oyeron estas palabras:

—¡Ya hay un verdugo!

—¿Qué decis?

—¡Imposible!

—Digo y repito que hay un verdugo.

—¿Pero donde está?

—Acaba de entrar por la puerta de la torre, donde se han reunido los jueces; es un hombre que va cubierto con una armadura de guerra.

—¿Pero le habeis visto vos?

—Sí, por cierto.

Estas palabras corrieron por todas partes y redoblaron la ansiedad general, agitándose más y más aquella masa de cabezas humanas.

Sin embargo, á nadie había hecho daño la pobre Catalina y ella era la única víctima de sus extravíos.

Abrióse, por fin, la puerta de la torre y Catalina salió apoyada en el brazo de la esposa del Gobernador, que quiso asistirle piadosamente en sus últimos momentos.

El semblante de la reina, aunque pálido y adel-



gazado, no expresaba esa desolada agonía de los que van á morir.

Sabía que debían llenarse todas las formalidades de la ley; pero sabía también que no había quien cumpliera la sentencia ejecutoria.

A su lúgubre calabozo no había llegado el pregon que convocaba verdugos.

Catalina estaba más hermosa que nunca.

Su reclusion en el monasterio de Sion y los días que había pasado en la torre habían dado á su tez la blancura y diafanidad del nácar: esta misma nitidez hacía resaltar la hermosura de sus grandes ojos negros.

Llevaba un traje de terciopelo, negro también y liso, de larga cola, cuyo escote cuadrado dejaba ver toda la gracia de su cuello de cisne y de sus torneados hombros, sobre los que caían los rizos castaños de su abundante cabellera.

No llevaba velo, y su juvenil y encantadora hermosura se ofreció á los ojos de la muchedumbre, que dejó oír un murmullo de admiración y de piedad.

Llevaba Catalina en la mano un crucifijo que besaba de cuando en cuando y miraba con íntima ternura, más para darle gracias porque, á su parecer, la libraba de la muerte, que para pedirle la remisión de sus culpas.

La pobre jóven debía morir como la última mujer del pueblo.

Ana Bolena conservó sus damas hasta el pié del cadalso.

Catalina, á no ser por la noble esposa del Gobernador, hubiera ido á él sola con el confesor.

Todo el glásis estaba enlutado. Catalina, á pesar de la seguridad que abrigaba de no morir todavía, levantó los ojos trémula de terror y un grito se escapó de sus lábios.

Junto al tajo, enlutado también, estaba un hombre de alta y elegante figura.

Vestia un traje de guerra y llevaba una armadura completa de oro y acero, de un valor inmenso.

Sobre su capacete cuya visera llevaba echada, se mecían tres plumas blancas á impulsos del aire frío de aquella mañana de invierno.

Admiraba lo reducido de su pié y de sus manos cubiertas de manoplas.

Aquellas dos preciosas manos se cruzaban en el mango de un hacha.

Al ver á aquel hombre, Catalina se quedó lívida. Le había reconocido.

¡Era él! ¡Arturo, su esposo!

Entonces fué cuando comprendió que estaba perdida sin remedio.

Entonces, por la primera vez, sintió agitarse sobre su frente las negras alas de la muerte.

Su confesor y la esposa del Gobernador, que no entendían nada de lo que allí pasaba, la condujeron



hasta cerca del tajo, y se apartaron un poco para dar lugar á la ceremonia acostumbrada entre el verdugo y los reos, que consiste en pedir aquel á éstos perdon.

El hombre misterioso se acercó á Catalina y le dijo en voz baja:

—¿Me conoces?

—Sí, respondió la pobre jóven.

—No esperaba yo que nos reuniéramos aquí, continuó Arturo; otra era la suerte que yo te reservaba, pero tu has elegido esta: voy á matarte, Catalina, para vengar tu indigna traicion; pero, así que haya cortado el hilo de tu vida, iré á reunirme contigo; el mundo, faltando tú, es á mis ojos un inmenso sepulcro; ahora dí tu última oracion, porque vas á morir.

La reina nada respondió.

Ya no tenia fuerzas ni para la esperanza, ni para la súplica; faltóle por completo el aliento, y se desplomó de rodillas.

Las dos personas que la auxiliaban se acercaron á ella, creyendo que habia ya llegado el momento.

Los soldados que guarnecian el cadalso, se estrecharon al mismo tiempo en torno del tajo.

La caritativa esposa del Gobernador desabrochó el cuerpo del vestido de Catalina, porque aunque era de escote cuadrado y bajo por delante, por detrás subia mucho, segun la moda de la época.

Cuando hubo bajado el terciopelo, apareció media

espalda de alabastro y una bata interior de batista orlada de magníficos encajes.

Catalina parecia la más jóven de las Gracia's.

Al verla así, casi desnuda por la última vez, un estremecimiento convulsivo corrió por el cuerpo de aquel hombre misterioso, que iba á darle el golpe de muerte.

La reina se volvió hácia la mujer del Gobernador, se quitó sus pendientes de perlas y le dijo con acento débil y dulce:

—Querida y generosa señora; ya no soy reina, ni tengo ninguna jerarquía sobre la tierra que tan pronto voy á abandonar; ya soy una infeliz sentenciada á muerte; mas espero que, aun considerándome tal cual soy, os dignareis aceptar esta pobre memoria de la que muere bendiciéndoos, y rogará al cielo por vos.

La noble dama tomó los pendientes y los besó derramando lágrimas.

—Vos, padre mio, prosiguió Catalina, guardad ese pañuelo sobre el que he llorado tanto desde esta mañana, y con el cual habeis enjugado el sudor frio que brotaba de mis sienes; guardadlo en memoria mia, y ahora, querida señora, y vos, padre y consolador mio, perdonadme y dadme el último adios. ¡Cúmplase la voluntad del cielo, y la del rey!

Catalina abrazó á la esposa del Gobernador y se arrodilló á los piés del sacerdote.



Entonces se levantó en el pueblo un confuso murmullo.

—¿Por qué ha de morir así esa pobre jóven? decían unos.

—No ha habido juicio público, añadía otro; todos los debates han sido secretos, y eso es atropellar las leyes!

—La matan sin que sepamos lo que ha hecho.

—¡Nada malo, de seguro, sino dar muchas limosnas!

—Tendremos que poner tasa á ese afan del rey por matar mujeres!

Estos murmullos aménazadores se apagaron de repente.

Por la plataforma de la torre se acercaba al cadalso, enlutada y sostenida por un sacerdote, lady Rochefort.

Aquella mujer era generalmente detestada por la parte que tomó en la perdicion de Ana Bolena, y el pueblo se dijo que, amotinándose para salvar á la reina, salvaba tambien á aquella mujer aborrecida.

Volvió, pues, á quedar silencioso.

La reina, despues de recibir la última bendicion del sacerdote, se arrodilló al lado del tajo y puso en él su linda cabeza cubierta de rizos.

—¡Hiere! dijo á media voz, pero con acento sereno.

El hacha cayó y la justicia del rey quedó cumplida.

El verdugo, rápido como el rayo, arrojó el hacha, sacó su espada, se echó sobre ella atravesándose de parte á parte, y cayó sobre el sangriento cuerpo de la reina, que rodeó con un abrazó último y supremo.

Lady Rochefort volvió á su calabozo, y quince dias despues murió á manos del nuevo verdugo elegido por el Parlamento.

Catalina Howard, ciñó diez y ocho meses la corona de Inglaterra.

FIN DE CATALINA HOWARD.



CATALINA PARR.

